

El verso es una paloma que busca donde anidar
estalla y abre sus alas para volar y volar.
Mi canto es un canto libre que se quiere regalar
a quien le estrecha su mano, a quien quiera disparar
y en cada eslabón se encuentra el canto de los demás
el canto de los demás...
Sigamos cantando juntos a toda la humanidad
que el canto es una paloma que vuela para encontrar
estalla y abre sus alas para volar y volar.
Mi canto es un canto libre...

(Canto Libre)



En Perú, en las ruinas de Machu Pichu. Una de las últimas fotos de Víctor, tomada por Mariano Sánchez Macedo, julio de 1973

VICTOR JARA

MARTIN
DOMINGO

13 DE NOVIEMBRE 1988

Joan Turner nos continúa su relato, en el libro "Un canto truncado"...

En la Unidad Popular

A partir de ese momento nuestra vida se vio caracterizada por el contexto político, plenamente vinculado a los acontecimientos cotidianos. Cuando las cosas iban bien para el gobierno de la Unidad Popular, éramos felices, y cuando iban mal, nos sentíamos personalmente afectados; tan grande era el sentimiento político y la sensación de ser partícipes de una lucha fundamental.

Casi todo el trabajo que Víctor y yo habíamos realizado en nuestras diferentes esferas contra fuerzas superiores, sin apoyo y casi subversivamente, se convirtió de pronto en política oficial. Era lo mismo que si la puerta que empujas con insistencia, se hubiese abierto de golpe y te encontraras al otro lado, tambaleante pero libre. La sensación era maravillosa, pero costaba acostumbrarse.

Al principio hubo una pausa momentánea en la actividad de Víctor como autor de canciones. Después de protestar y denunciar durante tanto tiempo, en cierto sentido resultaba desconcertante tener una causa de celebración verdadera y tantas tareas constructivas por delante. No podía seguir funcionando como una máquina, produciendo canciones panfletarias de signo positivo. Tenía que tomarse tiempo para adaptarse a las nuevas condiciones y absorber el nuevo ambiente. Pero a medida que se ponía en marcha y se sumergió en la nueva situación, empezaron a brotar las canciones.

Su siguiente disco, publicado en abril de 1971 por DICAP, llevó el nombre general de "El derecho de vivir en paz", título que acentuaba sus sentimientos en torno a la situación que vivíamos, aunque la canción de la cual provenía estaba dedicada a Ho Chi Min y al pueblo de Vietnam y había sido escrita mientras producía Vietrock. Muchos participaron en la elaboración del disco: Angel Parra, Inti Illimani, Patricio Castillo, además de Celso Garrido Lecca —un distinguido compositor que daba clases en la facultad— e incluso el conjunto pop Los Blops, que acompañaron a Víctor en dos de las canciones con guitarra eléctrica y sintetizador, en un experimento de "invasión de la invasión cultural". Fue un momento en que todos se sentían dichosos trabajando unidos, con un espíritu que no era comercial ni competitivo, animándose y criticándose mutuamente sin preocuparse por cuestiones de posición relativa o de importancia personal.

También otras canciones contenían un espíritu de felicidad y optimismo que él mismo parecía exudar, no porque fuese la línea del partido ni nada semejante. Era lo que él y muchos otros sentían realmente. Víctor escribió: "Me gustaría ser diez personas para poder hacer diez veces todo lo que hay que hacer. Tenemos la maravillosa posibilidad de crear una sociedad socialista por medios pacíficos y no debemos desaprovecharla... El mundo nos contempla para ver si es posible".

Víctor siempre se preocupó por la presentación visual de sus discos. La funda tenía que reflejar lo que él quería transmitir con las canciones. En ocasiones encargaba a fotógrafos tomas especiales para lograrlo. Para "Pongo en tus manos abiertas" escogió una foto de las manos estropeadas y cubiertas de tierra de un campesino; en el caso de "Canto libre" insistió en que la carátula fuera el primer plano de una desvencijada puerta cerrada con candado, de modo que al abrirse la funda parecía salir volando del interior una paloma. Entonces quiso, para "El derecho de vivir en paz", una sensación de espacio abierto y brillantes colores. Descubrió un dibujo en tinta de un jugueteón caballo al galope, para transmitir una sensación de alegría y libertad. El disco fue objeto de un gran lanzamiento gracias a la enorme popularidad del nuevo movimiento de la canción y la consiguiente expansión de DICAP y su capacidad de organización y publicidad. Me resultaba extraño ver en la calle carteles de Víctor, en anuncio de un recital. Un director de teatro es una persona mucho más anónima. Aproximadamente en esa época pidieron a Víctor que compusiera y grabara nueva música de sintonía destinada al enlace entre programas del Canal Nacional de Televisión. Entre 1971 y el 10 de septiembre de 1973, la música instrumental familiar a todo televidente del Canal 7 fue de Víctor, aunque probablemente muy pocos lo sabían. También compuso melodías para acompañar una serie de dibujos animados protagonizados por un popular personaje perruno, Tevito, que daba el parte meteorológico y hacía anuncios. Víctor se divertía mucho con eso y hacía breves variaciones sobre el mismo tema empleando diferentes instrumentos, sonidos y ritmos, para dotar a cada una de un carácter específico.



Viaje en micro con Inti- Illimani y otros artistas, durante la campaña de las elecciones parlamentarias, marzo de 1973

"LA MEJOR ESCUELA PARA EL CANTO ES LA VIDA"

A pesar de la huelga de octubre y de todo lo que significó, la vida, y sobre todo el trabajo, continuaban como de costumbre. En medio de todo aquello, los alumnos de mi curso para maestros hacían sus prácticas de enseñanza en las poblaciones. Ya habíamos abierto una escuela satélite en Quinta Normal -el barrio obrero situado detrás de la Universidad Técnica- y estábamos a punto de inaugurar otra en La Granja, al sur de Santiago. Alrededor de un centenar de niños del barrio se habían inscrito y los cursos estaban en pleno desarrollo. Mi tarea consistía en supervisar y asesorar, pero los maestros-estudiantes se las arreglaban muy bien por su cuenta. La carga y descarga de trenes y el trabajo en la JAP no implicaron la suspensión de nuestros programas de estudio y de todas las cosas positivas que había que hacer; de igual manera, los músicos seguían haciendo música y componiendo canciones, canciones útiles para animar el esfuerzo voluntario que la gente realizaba. El movimiento de la canción florecía. Los Quilapayún eran los maestros de la canción cómica y contingente. Junto con Inti- Illimani eran, como conjunto musical, los más populares de Chile. A no ser que estuviesen de gira internacional, contaban prácticamente en todas las manifestaciones políticas grandes, contribuyendo a crear un clima festivo. Si Inti- Illimani representaba el "sonido" musical de la Unidad Popular, Quilapayún representaba su espíritu combativo, además de transmitir un humor que hacía falta.

En 1971 dijo: "En todos los sitios en que actuamos debemos organizar, y dejar en funcionamiento, un taller creativo. *Debemos ascender hasta el pueblo*, y no pensar que estamos descendiendo hasta él. Nuestro trabajo consiste en darle lo que le pertenece -sus raíces culturales- y los medios con que satisfacer el hambre de expresión cultural que percibimos durante la campaña electoral". Todos coincidían en un punto: la necesidad de responder a la enorme

demanda de ayuda técnica por parte de los nuevos conjuntos musicales que aparecían en la época, y de contribuir en un sentido más amplio al proceso de participación de las masas en la actividad cultural.

Distintos grupos encontraron diferentes maneras de cumplir esa función. La Peña de los Parra, por ejemplo, a medida que su fama crecía como símbolo del "nuevo Chile", los fines de semana se convertía en una atracción turística. Pero durante los días hábiles, Isabel y Angel convirtieron la casa de Carmen 340 en un centro cultural. A él asistían los vecinos del barrio popular alrededor de la peña, para tomar clases y donde se les estimulaba a componer canciones y poemas y hacer artesanía, además de celebrar reuniones y debates. Había arraigado en la comunidad local.

Los jóvenes de Inti- Illimani no se veían a sí mismos como maestros aunque participaban de los talleres musicales de la Universidad Técnica, pero siempre estaban dispuestos a ayudar a otros conjuntos y especialmente, en su condición de músicos, a ponerse al servicio de compositores que desearan trabajar y experimentar con ellos. En ese sentido cooperaron en forma constante con Víctor, individualmente o como conjunto.

Aunque siempre menciono los mismos nombres porque eran los más allegados a Víctor, y quizá también por ser las cabezas más visibles del movimiento de la canción, ya existían centenares de otros grupos en todo el país. Habían brotado en las universidades, en las fábricas, en las escuelas y en centros comunitarios. Víctor era constantemente invitado a actuar como juez de festivales obreros, donde nuevos compositores presentaban sus obras. Se produjo un increíble surgimiento de actividad creativa en personas que antes nunca habían sido animadas a expresarse, en que la época en que la radio y la televisión solían transformar a todos en espectadores pasivos. Ahora el movimiento de la canción era mucho más que un núcleo de artistas famosos: se hubiera dicho que todo el pueblo había aprendido a cantar.



RECORRIENDO LOS MARES
El barco soviético que lleva el nombre de Víctor Jara. Una inmensa motonave construida hace ocho años y en la cual los marineros interpretan las canciones de Víctor. Hace poco el gobierno de la URSS pidió a Joan Turner el envío de un saludo. En él, Víctor Jara recorre los mares del mundo

EL GOLPE

11 de septiembre de 1973

Despierto temprano, como siempre. Víctor sigue durmiendo, de modo que me levanto en silencio y llamo a Manuela, que tiene que llegar temprano a la escuela. Bajo a poner la tetera al fuego y pocos minutos después aparece Mónica, frotándose los ojos y bostezando. Todo es normal, dentro de la anomalía en que vivimos. Es una mañana fría, melancólica, nublada.

Manuela y yo desayunamos y salimos para la escuela y Yendo en coche no es lejos, pero resulta difícil llegar en transporte público, aunque lo hubiera. Por suerte nos queda algo de gasolina. Evidentemente somos las únicas personas que están en movimiento. Todos los demás parecen haber decidido quedarse en la cama, con excepción de las empleadas domésticas, naturalmente, que se levantan temprano a hacer la cola en la panadería de la esquina. Mónica había vuelto con la noticia de que el coche de Allende ya había bajado a toda prisa por la Avenida Colón, acompañado por su escolta habitual, mucho más temprano que de costumbre. En la cola del pan y en el quiosco la gente decía que se estaba tramando algo.

El Liceo Manuel de Salas estaba lleno de alumnos. Aquí no hay indicios de huelga. Sólo un mínimo porcentaje de familias no es partidaria de la Unidad Popular. En el camino de vuelta enciendo la radio del coche y me entero que Valparaíso ha sido acordonado y está teniendo efecto un movimiento de tropas desacomodado. Los sindicatos convocan a todos los trabajadores a reunirse en los lugares de trabajo, porque se trata de una emergencia, una alerta roja.

Me doy prisa para contárselo a Víctor. Cuando llego lo encuentro levantado y manipulando el transistor, con la intención de sintonizar Magallanes u otra emisora partidaria de la Unidad Popular.

"Parece que está ahí, que ya ha empezado", nos decimos. Aquella mañana Víctor debía cantar en la Universidad Técnica, en la inauguración de una exposición sobre los horrores de la guerra civil y el fascismo, donde hablaría Allende...
—Eso no va—dije.

No, pero creo que debo ir de todos modos. ¿Por qué no vas a buscar a Manuela al tiro? Es mejor que estén todas juntas en casa. Voy a llamar por teléfono para tratar de averiguar qué está pasando. Mientras volvía a salir al patio, nuestros vecinos empezaban a reunirse. Hablaban en voz alta y ya comenzaban a celebrar. Pasé a su lado sin mirarlos, pero al fijar la vista en el retrovisor vi que una de las "damas" se agachaba y me dedicaba el ademán más grosero del lenguaje chileno.

Al llegar me enteré que habían dado instrucciones de que los más pequeños volvieran a sus casas, mientras los maestros y los alumnos mayores podían permanecer en el colegio. Recogí a Manuela y en el trayecto de regreso oímos a Allende por la radio. Aunque la recepción era mala, fue tranquilizador oír su voz desde el Palacio de La Moneda... aunque sonó, casi, como un discurso de despedida. Encontré a Víctor en el estudio, escuchando la radio, y juntos oímos la confusión que se produjo cuando casi todas las emisoras de la Unidad Popular dejaron de emitir a medida que las instalaciones eran bombardeadas o tomadas por los militares. La música marcial reemplazó la voz de Allende: "Esta será, seguramente, la última oportunidad en que me dirijo a ustedes... Yo no voy a renunciar... Pagaré con mi vida la lealtad del pueblo... Y les digo que tengo la certeza que la semilla que entregáramos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos no puede ser segada definitivamente... No se detienen los procesos sociales ni con



el crimen ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos...". Era el discurso de un hombre heroico, que se sabía a punto de morir, pero que en ese momento sólo lo escuchamos por fragmentos. A Víctor lo llamaron por teléfono en mitad del discurso. A mí me resultaba difícil escucharlo.

Víctor esperaba mi regreso para salir. Había decidido ir a su lugar de trabajo, la Universidad Técnica, obedeciendo las instrucciones de la CUT. En silencio vertió nuestra última lata de gasolina—reservada para una emergencia como aquella—en el depósito del coche y mientras lo hacía vi que uno de nuestros vecinos, un piloto de las líneas aéreas nacionales, se asomaba al balcón de su casa y le gritaba algo birlón a Víctor, quien le respondió con una sonrisa.

Fue imposible despedirnos como correspondía. Si lo hubiésemos hecho, me habría aferrado a él y no lo habría dejado marchar, de modo que lo hicimos con aire indiferente.

—Volveré en cuanto pueda, mamita... Tú sabes que tengo que ir... Mantén la calma...

—Chao...

Cuando volví a mirar, Víctor ya no estaba allí.

Escuchando la radio, entre una marcha militar y otra, oí los comunicados: "Bando número uno", "bando número dos"... Las órdenes militares anunciaban que se había dado el ultimátum a Allende para su rendición ante los comandantes de las tres armas al mando del general Augusto Pinochet... que si a mediodía no se había rendido, el Palacio de La Moneda sería bombardeado.

Mónica estaba preparando el almuerzo; Amanda y Carola jugaban en el jardín cuando de pronto se oyó el estruendo y el zumbido de un avión a reacción bajando en picado y luego una tremenda explosión. Era como estar otra vez en la guerra. Salí para meter a las niñas en la casa; cerré las persianas de madera y las convencí de que se trataba de un juego... pero los aviones seguían volando en picado y daba la impresión de que los proyectiles que disparaban caían sobre la población de arriba de nuestra casa, en dirección a las montañas. Creo que fue en aquel momento cuando me abandonó toda ilusión que pudiera haber albergado: si luchábamos contra aquello, ¿qué esperanza podíamos tener? Entonces llegaron los helicópteros, rasantes sobre las copas de los árboles del jardín. Los vi desde el

balcón de nuestro dormitorio, suspendidos en el aire como siniestros insectos, ametrallando la casa de Allende. En lo alto, hacia la cordillera, otro avión daba vueltas. Oímos el agudo zumbido de su motor durante horas. ¿Sería el avión de control? Poco después suena el teléfono... Corro a contestar y oigo la voz de Víctor:

—¿Cómo está, mamita? No he podido llamarte antes. Estoy aquí, en la Universidad Técnica. ¿Sabes lo que pasa, verdad?

Le hablé de los bombardeos en picado, pero le dije que todas estábamos bien.

—¿Cuándo volverá?

—Te llamaré más tarde... ahora necesitan el teléfono... chao.

No hay nada que hacer, salvo escuchar la radio, los bandos militares entre una marcha y otra.

Los vecinos han salido al patio y hablan excitados, algunos encaramados en los balcones, para ver mejor el ataque sobre la casa de Allende... Se sirven bebidas... En una de las casas ondea una bandera. Oímos la noticia de que el Palacio de La Moneda había sido bombardeado e incendiado... Nos preguntamos si Allende habrá sobrevivido... No hay ningún comunicado al respecto... Se ha impuesto el toque de queda... Telefonea Quena para saber cómo estamos y le digo que Víctor ha ido a la universidad.

—¡Qué espanto!—exclama y cuelga. Tenemos que suponer que todos los teléfonos están intervenidos, pero Víctor vuelve a llamar alrededor de las cuatro y media.

—Tengo que quedarme aquí... Será difícil que vuelva, por el toque de queda. A primera hora de la mañana, en cuanto lo levanten, vuelvo a la casa... Mamita, te quiero.

—Yo también te quiero... —pero me atraganto mientras le digo, y él ya ha cortado la comunicación.



"LAMENTO DECIRLE QUE VÍCTOR HA MUERTO"

MARTES 18 DE SEPTIEMBRE

Aproximadamente una hora después de levantarse el toque de queda, oigo el ruido del portón, como si alguien intentará entrar. Todavía está cerrado con llave. Me asomo a la venta del cuarto de baño y veo a un joven afuera. Parece inofensivo y me decido a abrirle. Me dice con voz baja:

—Estoy buscando a la compañera de Víctor Jara. ¿Vive aquí? Por favor, confíe en mí. Soy un amigo —me muestra su carné—. ¿Puedo entrar un minuto? Tengo que hablar con usted —parece nervioso y preocupado. Me dice en un susurro: soy miembro de las Juventudes Comunistas. Abro la puerta para que entre y nos sentamos en la sala.

—Lo siento, tenía que encontrarla... Lamento decirle que Víctor ha muerto... Encontraron su cuerpo en la morgue. Un compañero que trabaja allí lo reconoció. Le ruego que sea valiente y que me acompañe para identificarlo. ¿Llevaba calzoncillos azul oscuro? Tiene que venir, porque su cadáver lleva allí casi cuarenta y ocho horas y, si nadie lo reclama, se llevarán y lo enterrarán en una fosa común.

Media hora más tarde me encuentro conduciendo como una autómatas a través de las calles de Santiago con el joven desconocido a mi lado. Héctor —así se llamaba— había estado trabajando en la morgue, el depósito de cadáveres municipal durante la última semana, tratando de identificar cuerpos anónimos que llegaban diariamente. Era un muchacho amable y sensible y había corrido un gran riesgo yendo a buscarme. En su condición de empleado tenía una tarjeta especial y, después de mostrarla en la entrada, me introdujo por una pequeña puerta lateral del edificio, a poco metros de los portales del Cementerio General.

Estoy en una especie de trance pero mi cuerpo sigue funcionando. Tal vez vista desde afuera pareciera normal y dueña de mí misma: mis ojos continúan viendo, mi nariz oliendo, mis piernas andando...

Bajamos un oscuro pasadizo y entramos en una enorme sala. Mi nuevo amigo me apoya la mano en el codo para sostenerme mientras contemplo las filas y filas de cuerpos desnudos que cubren el suelo, apilados en montones, en su mayoría con heridas abiertas, algunos con las manos todavía atadas a la espalda. Hay jóvenes y viejos... cientos de cadáveres... en su mayoría parecen trabajadores... cientos de cadáveres que son seleccionados, arrastrados por los pies y puestos en un montón u otro por la gente que trabaja en el depósito, extrañas figuras silenciosas con las caras cubiertas con máscaras para protegerse del olor a putrefacción. Me paro en el centro de la sala, buscando a Víctor sin querer encontrarle, y me asalta una oleada de furia. Sé que mi garganta emite incoherentes ruidos de protesta, pero Héctor reacciona instantáneamente: —¡Shhh! No debes decir nada, si no tendremos problemas. Espera un momento. Iré a averiguar dónde debemos ir. Creo que no es aquí.

Nos envían a la planta superior. El depósito está tan repleto que los cadáveres llenan todo el edificio, incluyendo las oficinas. Un largo pasillo, hileras de puertas y, en el suelo, una larga fila de cadáveres, éstos vestidos, algunos con aspecto de estudiantes, diez, veinte, treinta, cuarenta, cincuenta... y en mitad de la fila descubro a Víctor. Era Víctor, aunque le vi delgado y demacrado. ¿Qué te han hecho para consumirte así en una semana? Tenía los ojos abiertos y parecía mirar al frente con intensidad y desafiante, a pesar de una herida en la cabeza y terribles moratones en la mejilla. Tenía la ropa hecha jirones, los pantalones alrededor de los tobillos, el jersey arrollado bajo las axilas, los calzoncillos azules, harapos alrededor de las caderas, como si hubieran sido cortados por una navaja o una bayoneta... el pecho acribillado y una herida abierta en el abdomen... las manos parecían colgarle de los brazos en extraño ángulo, como si tuviera rotas las muñecas... pero era Víctor, mi marido, mi amor. En ese momento también murió una parte de mí. Sentí que una buena parte de mí moría mientras permanecía allí, inmóvil y callada... incapaz de moverme, de hablar.

Tendría que haber desaparecido. Sólo porque su rostro fue reconocido entre cientos de cadáveres anónimos no le enterraron en una fosa común, con lo cual yo nunca habría sabido qué había sido de él. Le di las gracias al trabajador que llamó la atención sobre él y al joven Héctor —sólo tenía diecinueve años—, que decidió correr el riesgo de ir a buscarme, que buscó y encontró mi nombre y mi domicilio en los archivos de "identificaciones", donde pidió colaboración a otras personas. Todos habían ayudado. Ahora era necesario reclamar legalmente el cadáver de Víctor. La única forma posible era llevarle inmediatamente desde el depósito hasta el cementerio y enterrarle..., tales eran las órdenes.

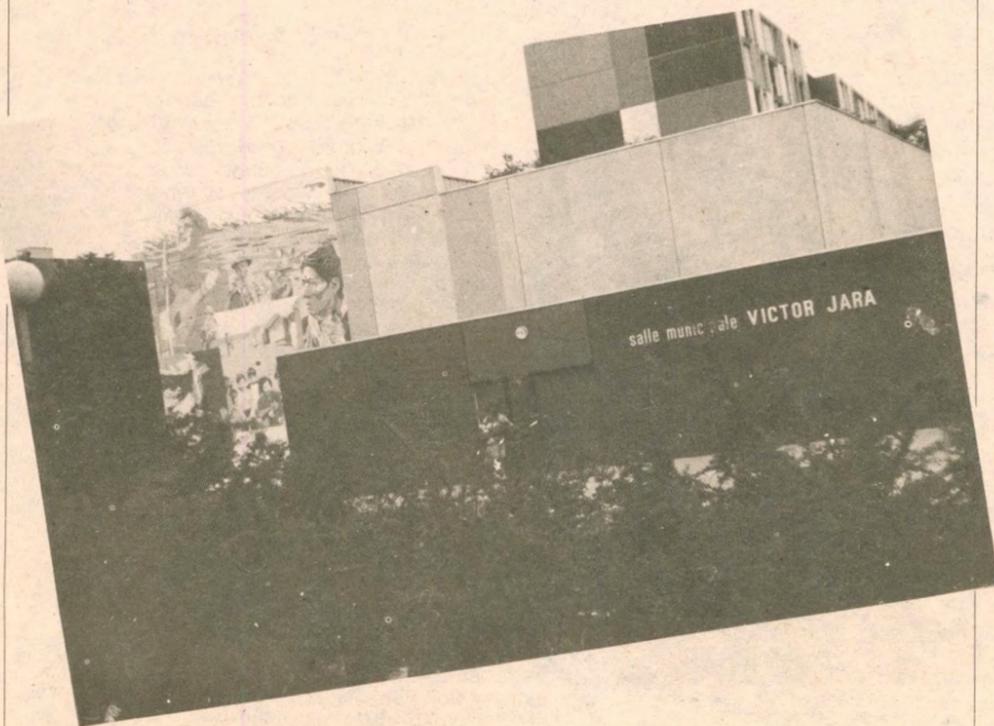
Me hicieron volver a casa a buscar el certificado de matrimonio. Una vez más, ahora sola, tuve que atravesar Santiago, que ya se había engalonado con banderas para la celebración de las Fiestas Patrias. Todavía no podía decirle nada a mis hijas, el depósito de cadáveres no era lugar para ellas. Pero habían estado llamando mis amigos, muchos alumnos que querían

saber cómo estábamos. Uno de ellos insistió en acompañarme, un buen amigo que se tildaba a sí mismo de momio. Por extraña coincidencia, también se llamaba Héctor. El papeleo, el cumplimiento de todos los trámites, llevó horas. A las tres de la tarde todavía esperaba en el patio que conducía al sótano del depósito, desde donde me dijeron que saldría el cadáver de Víctor. Habían allí otras mujeres que hojeaban las inútiles listas fijadas en los muros y que sólo indicaban un número, el sexo, el "sin nombre", encontrado en tal o cual zona. Mientras aguardaba, intermitentemente entraban desde la calle vehículos militares cerrados, con una cruz roja pintada en los costados, que bajaban al sótano para descargar, evidentemente, otras partidas de cadáveres, y que el instante volvían a salir en busca de más.

Por fin todo estuvo dispuesto. Con el ataúd sobre un carrito de ruedas, estábamos listos para cruzar hasta el cementerio. Al llegar a la puerta nos encontramos ante un vehículo militar que entraba con más cadáveres. Alguien tenía que ceder el paso... el conductor tocó la bocina y nos hizo ademanes airados, pero permanecimos inmóviles y en silencio hasta que retrocedió para dar paso al ataúd de Víctor.

La caminata hasta el lugar del cementerio donde Víctor sería enterrado debió de llevarnos entre veinte y treinta minutos. El carrito chirriaba y rechinaba sobre el pavimento irregular. Caminamos y caminamos... mi nuevo amigo Héctor a un lado, mi viejo amigo Héctor al otro. Sólo cuando el ataúd de Víctor desapareció en el nicho que nos habían asignado estuve a punto de desplomarme. Pero estaba vacía de sentimientos o sensaciones y sólo se mantenía viva la idea de que Manuela y Amanda esperaban en casa, preguntándose que ocurría, dónde estaba yo.

Al día siguiente el diario *La Segunda* publicó un breve párrafo en el que informaba de la muerte de Víctor como si hubiera fallecido plácidamente en la cama: "El funeral fue de carácter privado y sólo asistieron familiares". Después todos los medios de difusión recibieron el orden de no volver a mencionar a Víctor. Pero en la televisión alguien arriesgó su vida insertando unos pocos compases de "La Plegaria" sobre la banda sonora de una película norteamericana.



CASAS DE LA CULTURA

Este hermoso edificio corresponde a una sala cultural de Francia en donde la literatura y la música de Víctor Jara ocupan un lugar privilegiado. El mural de la izquierda muestra a Víctor rodeado de niños, cantando, y con la cordillera de Los Andes como un fondo que se eleva al infinito

Me llevó meses e incluso años ir atando cabos hasta reconstruir parte de lo que le ocurrió a Víctor durante la semana en que para mí estuvo "desaparecido". Muchas personas ni siquiera podían expresar lo que habían vivido, tenían miedo de prestar testimonio, no soportaban los recuerdos. Sometida a presiones y sufrimientos tan espantosos, la gente perdió el sentido del tiempo e, incluso, del día de la semana en que se produjeron los hechos. Pero gradualmente, recogiendo testimonios de refugiados chilenos en el exilio que compartieron vicisitudes con Víctor y estuvieron con él en determinados momentos, he logrado reconstruir más o menos lo que soportó mientras yo lo esperaba en casa.

Cuando la mañana del 11 de septiembre llegó a la Plaza Italia, Víctor se enteró de que el centro de Santiago estaba acordonado por los militares, por lo que giró hacia el sur por Vicuña Mackenna y luego en dirección este por la Avenida Matta, dando un amplio rodeo para llegar al campus de la Universidad Técnica, situado al otro lado de la ciudad. Vio movimiento de tanques y tropas y oyó disparos y explosiones, pero logró pasar. Cuando llegó al Departamento de Comunicaciones se enteró de que a primera hora de la mañana la radio de la universidad había sido tomada y desconectada por un contingente de hombres armados de la cercana emisora naval de la Quinta Normal. Debí de llegar a la misma hora en que estaban bombardeando el Palacio de La Moneda. Desde los edificios universitarios era posible ver los reactores Hawker Hunter y oír los proyectiles que estallaban al caer sobre La Moneda, donde Allende resistía, ver el humo que se elevaba de las ruinas del edificio que se consumía en el incendio. Después, Víctor, inquieto por nosotras, esperó su turno en una cola larga para llamarme por teléfono.

Aquella mañana había cerca de 600 alumnos y profesores en la Universidad Técnica. El presidente Allende tendría que haber pronunciado allí un importante discurso para anunciar su decisión de celebrar un plebiscito nacional a fin de resolver por medios democráticos el conflicto que amenazaba al país.

Puesto que los primeros bandos militares aseguraban que quienes transitaran por las calles se exponían a ser abatidos por los disparos y que desde las primeras de la tarde entraría en vigor el toque de queda, el doctor Enrique Kirberg —rector de la universidad—, negoció con los militares la autorización para que los encerrados en el edificio permanecieran allí toda la noche, por su propia seguridad, hasta que a la mañana siguiente se levantara el toque de queda. Eso fue lo acordado y se dieron órdenes para que todos permanecieran en el interior de los edificios de la universidad.

Probablemente fue entonces cuando Víctor me telefoneó por segunda vez. No me dijo que el campus estaba rodeado de tanques y soldados. Me han contado que durante las largas horas de la noche, mientras escuchaban las explosiones y el pesado fuego de ametralladoras que retumbaba por todo el barrio, Víctor intentó elevar la moral de los que le rodeaban. Cantó y los hizo cantar con él. No tenían armas con qué defenderse. Después Víctor intentó dormir un rato en la sala de profesores del viejo edificio de la Escuela de Artes y Oficios.

El tableteo de las ametralladoras se prolongó durante toda la noche. Algunas personas que intentaron salir de la universidad al amparo de la oscuridad fueron abatidas en el acto, pero el ataque en serio sólo comenzó a primeras horas de la mañana siguiente, cuando los tanques dispararon sus cañones pesados contra los edificios, dañando la estructura de algunos, haciendo trizas las ventanas y destruyendo laboratorios, equipos y libros. No hubo disparos de repuesta, pues en el recinto no había armas.

Una vez que los tanques entraron en el recinto universitario, los soldados procedieron a reunir a todos, incluido el rector, en un amplio patio que normalmente se utilizaba para practicar deportes. Obligaron a todos a echarse al suelo, con las manos en la nuca, golpeándolos con las culatas de los fusiles y dándoles patadas. Víctor estaba con los demás y tal vez fue al salir del edificio cuando se quitó de encima el carné de identidad, con la esperanza de que no lo reconocieran.

UN CANTO TRUNCADO

Luego de permanecer más de una hora en aquella posición, los hicieron formar en fila india y correr, con las manos siempre en la nuca, hasta el Estadio Chile, situado a seis manzanas de distancia. Por el camino los sometieron a insultos, patadas y golpes.

Cuando estaban formados a la puerta del estadio, Víctor fue reconocido por uno de los suboficiales. "Tú eres ese maldito cantante, ¿no?", dijo, al tiempo que golpeaba a Víctor en la cabeza, derribándolo, y a continuación, pateándole el vientre y las costillas. Víctor fue separado del contingente mientras entraban en el edificio destinado a una tribuna especial, reservada para detenidos "importantes" o "peligrosos". Los amigos que lo vieron desde lejos recuerdan la amplia sonrisa que les dirigió en medio del horror que estaban viviendo, una amplia sonrisa a pesar que tenía la cara ensangrentada y una herida en la cabeza. Más tarde lo vieron ovillarse en los asientos, con las manos apretadas bajo las axilas, para protegerse del frío.

Es evidente que en algún momento de la mañana siguiente Víctor decidió tratar de abandonar su posición y unirse a los otros presos. Otro testigo que aguardaba en el pasillo vio la siguiente escena: cuando Víctor empujó las puertas de vaivén para salir al pasillo, casi chocó con un oficial del Ejército, que parecía ser el segundo jefe del estadio. El militar había estado muy ocupado gritando órdenes por el micrófono y profiriendo amenazas. Era un hombre alto, rubio, bastante buenmozo y evidentemente disfrutaba con el papel que le habían asignado: se pavoneaba de un lado a otro. Algunos detenidos ya le habían apodado "El Príncipe". En el momento que Víctor casi tropezó con él, el oficial dio muestras de reconocerle, sonrió irónicamente, imitó el acto de tocar la guitarra, rió y a continuación le pasó rápidamente el dedo por el cuello. Víctor permaneció sereno e hizo algún gesto de respuesta, pero el oficial gritó: "¿Qué hace aquí este hijo de puta?".

Llamó a los guardias que lo acompañaban y añadió: "No permitan que se mueva de aquí. Este me lo reservo". Después Víctor fue trasladado al sótano, donde se le ve fugazmente en un pasillo, el mismo en que con tanta frecuencia se había preparado para cantar, ahora cubierto de sangre y tumbado en un suelo cubierto de orina y excrementos.

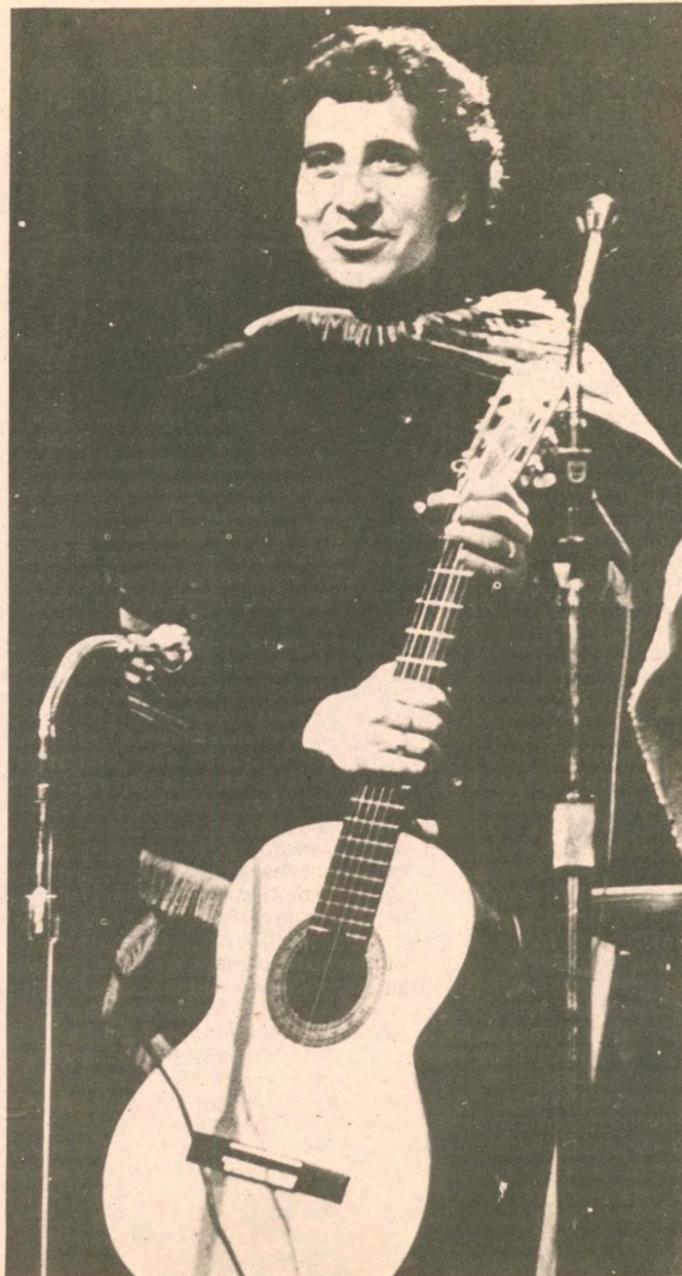
Por la noche le devolvieron a la parte principal del estadio y lo dejaron con los demás presos. Apenas podía caminar; tenía la cara y la cabeza

ensangrentadas y amoratadas, al parecer le habían roto una costilla y le dolía el vientre, donde lo habían pateado. Los amigos le limpiaron la cara y procuraron que estuviera cómodo. Uno de ellos tenía un frasco pequeño de mermelada y algunas galletas. Los compartieron entre tres o cuatro, cogiendo la mermelada con los dedos y chupándose hasta que no quedó vestigio alguno.

Al día siguiente, viernes 14 de septiembre, los presos fueron divididos en grupos de alrededor de doscientos, preparándolos para trasladarlos al Estadio Nacional. Fue en ese momento cuando Víctor, ligeramente recuperado, preguntó a sus amigos si alguien tenía lápiz y papel, y comenzó a escribir su último poema.

Algunos de los hechos más horribles del golpe militar ocurrieron en el Estadio Chile durante aquellos primeros días, antes que fuera visitado por la Cruz Roja, Amnistía Internacional y representantes de embajadas extranjeras. A pesar de los recursos legales y de peticiones de información realizadas por abogados, no he logrado averiguar el nombre de los oficiales que estuvieron al mando del Estadio Chile.

Durante días mantuvieron en esas condiciones a miles de prisioneros, prácticamente sin alimentos ni agua; los apuntaban constantemente con focos cegadores, hasta el punto que perdieron toda la noción del tiempo e, incluso, del día y de la noche; montaron ametralladoras alrededor de todo el estadio y las disparaban intermitentemente contra el techo o sobre la cabeza de los prisioneros; lanzaban órdenes y amenazas por los altavoces; el jefe era un hombre corpulento y sólo divisaron su silueta cuando advirtió que habían apodado "sierras de Hitler" a las ametralladoras, porque podían partir a un hombre por la mitad... y lo harían si era necesario. Llamaban a los prisioneros uno por uno y los hacían desplazarse de una parte a otra del estadio; era imposible descansar... La gente era golpeada con látigos despiadadamente y a culatazos. Un hombre que ya no pudo soportarlo más se lanzó al vacío desde lo alto y encontró la muerte entre los prisioneros que estaban abajo. Otros sufrieron ataques de locura y fueron abatidos a balazos a la vista de todos. Víctor garabateaba a toda prisa e intentaba registrar parte del horror al que se estaba dando rienda suelta en Chile, a fin de que el mundo lo supiera. Sólo podía prestar testimonio de su "pequeño rincón de la ciudad", donde estaban presas cinco mil personas, e imaginar lo que debía de estar ocurriendo en el resto de su



país. Seguramente comprendió el monstruoso nivel de la operación militar, la precisión con que había sido preparada. En las últimas horas de su vida, las raíces profundas de su infancia campesina lo llevaron a ver en los militares a "matronas" cuya llegada era la señal de los gritos del parto, lo que de niño le había parecido un sufrimiento insoportable. Ahora esas visiones se confundían con la tortura y la sádica sonrisa de "El Príncipe". Pero hasta en ese momento Víctor abrigaba esperanzas respecto al futuro; confiaba en que a largo plazo el pueblo sería más fuerte que las bombas y las metrallas... y al llegar a los últimos versos —"¡Canto, qué mal me sales/cuando tengo que cantar espanto!", para los cuales ya tenía la música en su interior, lo interrumpieron. Un grupo de guardias fue a buscarlo y lo separó de los que estaban a punto de ser trasladados al Estadio Nacional. Le pasó de prisa el papellito a un compañero sentado a su lado y éste, a su vez, lo escondió en el calcetín mientras se lo llevaban. Cada uno de los amigos intentó aprenderse de memoria el poema a medida que era escrito, para sacarlo consigo del estadio. No volvieron a ver a Víctor.

A pesar de que muchos fueron trasladados a otros campos de prisioneros, el Estadio Chile seguía lleno a tope, pues constantemente llegaban nuevos contingentes de detenidos, tanto hombres como mujeres. Cuento con otros dos atisbos fugaces de Víctor en el estadio, dos testimonios más: un mensaje para mí transmitido por alguien que estuvo a su lado algunas horas en los camarines —convertidos en salas de tortura—, un mensaje de amor hacia sus hijas y hacia mí. Luego fue, una vez más, insultado y golpeado, en público; al borde de la histeria y perdido el dominio de sí, el oficial apodado "El Príncipe" le gritó: "¡Canta ahora si puedes, hijo de puta!". Después de cuatro días de sufrimiento, la voz de Víctor sonó en el estadio para cantar un verso de "Venceremos", el himno de la Unidad Popular. A continuación fue golpeado y evacuado a rastras para someterle a la última etapa de su agonía.

El estadio de boxeo se encuentra a pocos metros de la principal línea ferroviaria del sur, que, al salir de Santiago, atraviesa el barrio obrero de San Miguel, siguiendo la tapia que limita con el Cementerio Metropolitano. Fue allí donde a primeras horas de la mañana del domingo 16 de septiembre los habitantes de la población encontraron seis cadáveres que yacían en ordenada fila. Todos presentaban espantosas heridas y habían sido baleados con metrallas. Observaron los rostros intentando reconocer los cadáveres y súbitamente una de las mujeres exclamó: "¡Este es Víctor Jara!". Era un rostro conocido y querido por ellos. Una de las mujeres incluso había tratado personalmente a Víctor, pues cuando él visitó la población para cantar, ella lo invitó a su casa, a comer un plato de porotos. Mientras se preguntaban qué podían hacer, apareció una furgoneta. Temerosa, la gente de la población se ocultó tras un muro, pero vio cómo un grupo de hombres vestidos de civil arrastraban los cadáveres tirando de los pies y los arrojaron al interior de la furgoneta. Desde allí el cuerpo de Víctor debió de ser trasladado al depósito municipal a título de cadáver anónimo, listo para desaparecer en una fosa común. Pero también fue reconocido por una de las personas que trabajaban allí. Cuando más adelante me trajeron el texto del último poema de Víctor, supe que él quería dejar su testimonio, su único medio de resistir ahora al fascismo, de luchar por los derechos de los seres humanos y por la paz.



ENCUENTRO EN TORINO, ITALIA

El cantautor norteamericano Pete Seeger, junto a Joan Turner y Pablo Milanés, durante la realización del Homenaje a la Canción Popular de Víctor Jara que se realizó en Torino Italia, entre marzo y abril de 1977, y que contó con la presencia de importantes artistas como Alfredo Zitarrosa, Silvio Rodríguez, Víctor Manuel e Isabel y Angei Parra, entre otros.

Sergio Gutiérrez Patri, periodista de Fortín, también vivió el calvario de Víctor en el Estadio Chile. Su testimonio es el siguiente:

"¡MIRA MIS MANOS...
MIRA MIS MANOS...
ME LAS MOLIERON...!"

"¡Mira mis manos... mira mis manos... Me las molieron. Ya no podré volver a cantar!

Esto fue parte de lo que conversó conmigo Víctor Jara, al interior del Estadio Chile, la noche del 12 de septiembre de 1973, al día siguiente del golpe militar que destruyó la democracia en Chile, eliminando al último Presidente de la República constitucional y marcando para siempre a 12 millones de habitantes de este país.

Víctor Jara fue detenido en la madrugada del 12 en el interior de la Universidad Técnica del Estado, junto con un millar de estudiantes, funcionarios y profesores. Desde allí, y luego de un humillante tratamiento colectivo, se les trasladó al estadio Chile, alrededor de las 15 horas. En el recinto deportivo—convertido en campo de prisioneros de guerra, como lo definía el oficial a su cargo, comandante Manríquez—, se envió al grupo en general a las graderías, salvo a él. No por motivos especiales, sino que sólo por el hecho de ser Víctor Jara, el cantautor más querido por el pueblo.

¿Por qué Víctor Jara estaba en la Universidad Técnica? Muy sencillo: porque trabajaba en ella, en el Departamento de Extensión. Y ese día, el 11 de septiembre, había concurrido con su guitarra a participar en la inauguración de la exposición que montó la Jota (Juventudes Comunistas de la UTE), denominada "Por la Vida, Siempre". Se trataba de una exposición de fotografías, paneaux, gráficos y leyendas de gran tamaño que mostraba las atrocidades que podrían sufrir los chilenos si el fascismo llegaba al poder.

"En síntesis—como señalo en mi libro inédito 'Cárceles Deportivas'—una desgarradora y escalofriante sinopsis de lo que empezó a pasar en Chile tan pronto como la Junta se apoderó del país".

Y ese día, el 11, Salvador Allende concurría a la Técnica a inaugurar la muestra de la Jota, dispuesto, además, a hablar al país y anunciar un llamado a plebiscito, a fin de encontrar una salida armónica y democrática a la situación pre-golpista que se estaba viviendo.

ANTES DEL GOLPE

De Víctor, en el terreno personal, no era amigo. Tal vez sólo por falta de oportunidad o por el hecho de que para mí él era muy introvertido y yo, quizás en exceso, todo lo contrario. Pero de admirarlo, sí que lo admiraba. No sólo por su capacidad artística, por su "ángel" creativo, sino que por su entrega a los principios en que creía, a su pueblo, del cual jamás se alejó.

Antes del golpe, la última vez que lo vi fue a fines de agosto o a principios de septiembre. Yo salía del teatro La Reforma, perteneciente al Instituto de Extensión Musical. El venía con un grupo de jóvenes, desde Teatinos con Compañía. Iban—según me dijo— al diario "La Tribuna" (un medio periodístico de la derecha que azuzó el golpe contra Allende y la UP), a poner en su lugar al director Raúl González Alfaro, por haber publicado que Víctor Jara no era hombre total (obviamente

que con otros términos, impublicables y falsos). En la puerta del periódico, en Compañía, al lado del club Fernández Concha, Víctor pidió que lo dejaran subir solo, pues eso quería arreglarlo de hombre a hombre. Así lo hizo. Diez minutos después, bajó y dijo que se lo habían negado, que se había negado a dar la cara, pues se dio cuenta que estaba en el diario.

"YO NO SE DISPARAR"

Reproduzco la breve conversación sostenida con Víctor Jara el día 11, en la Universidad Técnica, poco después del mediodía, extraída de mi libro reportaje inédito "Cárceles Deportivas":

"Cerca de las 10 horas ya todos sabían que el acto inaugural de la exposición no podría llevarse a efecto. Un clima de pesimismo e impotencia empezó a flotar en el ambiente. El artista Víctor Jara llegó con su guitarra. Venía a cantar en el acto. Me crucé con él en la escalinata de la Escuela de Artes y Oficios (Departamento de Extensión).

—Compañero —le dije—, parece que llegó el momento de cambiar la guitarra por el fusil.

La respuesta del hombre que había entregado su vida a cantar, a crear, a reflejar en coplas y notas musicales el dolor y los anhelos de su pueblo, brotó espontánea:

—¡No compañero! Yo no sé disparar. La guitarra siempre sirve, aunque sea para animar a los combatientes.

LAS MANOS DE VÍCTOR

Narro el pasaje de mi última conversación con Víctor Jara, ocurrida en el estadio Chile, en la noche del 12 de septiembre. Recién yo había recibido un culatazo en el vientre por haberme demorado más de lo conveniente en el baño. Medio doblado en dos por el dolor, abandoné el lugar con las manos en la nuca, tal como nos obligaban a caminar. Al bajar la escala me crucé con Víctor Jara. No lo veía desde el día anterior en la Universidad. También fue llevado con nosotros al estadio Chile, pero no se le dejó en las

graderías, sino que en la sala de torturas, desde la cual lo mandaban a pernoctar con la masa de detenidos. En su rostro, el artista reflejaba las huellas de su paso por las piezas especiales del coliseo deportivo. Tenía numerosos hematomas en los pómulos, se notaba pálido, muy débil, y su mirada estaba perdida. Apenas me reconoció cuando le enfrenté.

—Hola Víctor, ¿cómo estás?

—Mira mis manos... mira mis manos... me las machucaron a culatazos para que no volviera a tocar la guitarra... Sus manos, esas milagrosas manos cuyos dedos deleitaron a millares de trabajadores e intelectuales al pulsar las cuerdas de la guitarra para acompañar sus canciones de protesta y esperanza, ya no eran tales.

Estaban hinchadas y parecían tener un solo dedo, gordo y cubierto de sangre. Las pocas uñas que le quedaban estaban negras en su totalidad. Eran las manos más golpeadas que había visto en mi vida; en ellas se resumía toda la brutalidad que el fascismo siente contra la creación, la cultura independiente, los valores del cristianismo, del socialismo humanista.

Sin poder reponerme de la impresión que causaba mirar sus torturadas manos, su cara golpeada y sus ojos de mirar perdido, volví a preguntar:

—Víctor, Víctor, dime ¿cómo estás?

—¡Mira mis manos...! ¡Mira mis manos...! Me las molieron. Ya no podré volver a "cantar".

En ese momento, un grupo de compañeros se acercó; tomaron de un brazo a Víctor y lo llevaron a pernoctar con ellos, para inyectarle solidaridad.

Esa fue la última vez que vi a Víctor Jara, el hombre que hacía "cantar" su guitarra al dar a conocer en poéticas palabras su compromiso indestructible con la clase trabajadora. Al día siguiente el artista fue retirado de las graderías. Nuevamente lo llevaron al suplicio. Murió golpeado, para luego ser sacado del estadio Chile y lanzado a una callejuela. Después, "El Mercurio", cómplice del golpe, informaría que su cuerpo sin vida fue encontrado en la vía pública, desconociéndose las causas de su muerte.

CHILE: UN VOLCAN QUE NO SE APAGA

Por MARCO ANTONIO MORENO

Chile, es tierra de volcanes, unos apagados y otros activos. También el pueblo es allí un volcán. Sólo la junta militar puede creer que lo ha apagado (o que lo apagará a breve plazo) con represión, torturas, asesinatos como el de Víctor Jara. Pero todos sabemos que el pueblo es un volcán activo. Estemos donde estemos, en nuestros países o en el exilio forzoso, aquellos latinoamericanos que de algún modo trabajamos por la liberación de nuestros pueblos, estaremos también, así sea modestamente, ayudando a la erupción del pueblo-volcán chileno.

Mario Benedetti, 1974

Nunca el juego de la muerte ha sido limpio, porque pertenece al juego sucio del poder, la injusticia y la mentira. De ahí que no tenga paciencia ni encanto, ni pertenezca a los humillados y ofendidos. La muerte es falsa, se disfraza y maquilla con las máscaras de una realidad que no existe. La muerte de un hombre significa y no significa la muerte de todos los hombres. La muerte de Víctor Jara y las circunstancias atroces de su muerte, son el símbolo de muchas otras muertes, anónimas. El fascismo perfecciona sus métodos de muerte. En 1937, Francisco Franco debió admitir —a pesar suyo— que Federico García Lorca, el gran poeta, había muerto fusilado, en uno de los chispazos iniciales de la Guerra Civil. En 1973, Pinochet consideró que no tenía que darle explicaciones a nadie. El fascismo se ha perfeccionado: el silencio basta, la opinión pública se puede tranquilizar. Pero lo que nadie puede tranquilizar es la respuesta implacable de los pueblos. La erupción del volcán.

HOMENAJES

Este volcán-pueblo ha estado en constante erupción con la serie interminable de homenajes que, desde los más tempranos días de su muerte, se le han realizado a la figura infinita de Víctor Jara. El canto, la música y la magnitud de su obra, han superado las fronteras permitiendo unir los dispersos fragmentos de nuestra patria.

El primer homenaje a Víctor Jara se realizó en París a fines de 1973 y a tres meses del golpe. Contó con la participación de Atahualpa Yupanqui y el grupo Quilapayún, entre otros. Tanto Quilapayún como Inti Illimani desempeñaron una importante tarea en la difusión musical de la obra de Víctor, pues esos dos grupos se encontraban en gira por Europa cuando vino el golpe de Estado. Quilapayún había salido el 21 de agosto de 1973 acompañando a Clodomiro Almeyda en la convención de los países no alineados y tenía una actuación el 15 de septiembre en el Opera de París (fue el primer grupo chileno que actuó en dicha sala). Inti Illimani, por su parte, se encontraba en Italia pues cumplía con una extensa gira por la península.

Si Quilapayún tuvo a su cargo el encuentro de Francia, Inti Illimani se encargó del de Italia en muestras de alto prestigio que dieron cuenta de la brillantez de la música andina. Esta acción conjunta permitió que numerosos artistas descubrieran el sonido, el ritmo y la voz de nuestro pueblo, como cantautores japoneses, suecos o alemanes. Otros, como la norteamericana Joan Baez, que ya



El periodista Sergio Gutiérrez entrevista a Juan Lechín, viejo líder de los mineros bolivianos y vicepresidente de la República, a su llegada al aeropuerto Los Cerrillos, veinte años atrás. En ese tiempo —y hasta 1973— Chile era el asilo contra la opresión —como reza su Canción Nacional— y Lechín usufructuaba de ello, al igual que en estos 15 años lo han tenido que hacer decenas de miles de chilenos a lo largo y ancho del mundo

cantaban a Violeta y seguían con entusiasmo nuestro proceso, hallaban fuerzas para organizar otras jornadas en sus respectivos países. Así fue como en la ciudad norteamericana de San Francisco se realizó el tercer festival, organizado por Joan Baez. Luego continuaron desarrollándose en Alemania Federal, Finlandia, Holanda, Japón. En Londres se han realizado ocho festivales, y el Séptimo, en 1986, dio la bienvenida al Primer Festival de Víctor Jara en Chile. No hay rincón del planeta donde no se conozca quién fue Víctor Jara. No hay esquina donde no haya llegado su voz y su canto.

GRAN ARCHIVO

Joan Turner tiene un gran archivo de Víctor en Londres, que traerá a Chile cuando la dictadura termine definitivamente. Cartas, fotografías y pinturas que se han hecho en su homenaje, junto a folletos y libros. En el futuro, piensa hacer un museo de la solidaridad, a modo de testimonio de lo que han sido la amistad y el apoyo que todos los chilenos han recibido en el exilio; que sirva para la memoria histórica. Con ese sentido Joan Turner guardó mucho de lo que recibía, gestos generosos que la hacían sentirse parte de una red de personas solidarias. Más aún cuando era a través de gente con la que nunca habían pensado tener mucho contacto,



como Japón, que está tan lejos. Ahí también se han realizado homenajes a Víctor Jara. Para Joan es increíble haber llegado al aeropuerto de Japón y escuchar a un coro de cien personas cantando una canción de Víctor en castellano.

El canto de Víctor Jara ha sido traducido a una gran cantidad de idiomas, desde el japonés al alemán, pasando por el sueco, el holandés, el francés, el inglés, el italiano... Sus canciones recorren los cinco continentes a través de diversos cantautores, traspasando las fronteras del idioma y la raigambre musical. Recientemente los grupos británicos U-2 y The Clash, rockero y punk respectivamente, han dedicado hermosos temas al compositor chileno, a quien consideran uno de sus héroes en el mundo contemporáneo.

ESCUELA EN ALEMANIA. En varias ciudades de la RDA (Alemania Democrática) como Berlín, Essen y Zeitz se han levantado escuelas públicas con el nombre de Víctor Jara, sinónimo de la amistad, el cariño y el respeto que esos pueblos tienen por nuestro desaparecido compatriota



HOMENAJE EN MEXICO. Frontis del Auditorio Nacional de la Secretaría de Educación Pública, en Ciudad de México, donde en septiembre del año pasado se le rindió un emotivo homenaje al cantautor chileno. Participaron en esta ocasión destacados representantes de la música latinoamericana y europea

Un lector nos envió carta polvorita POLEMICO EMPLAZAMIENTO A LA JOAN

El periodista Orlando Walter Muñoz, quien ha sido director de radios porteñas, comentariastas en diarios de la costa, se leyó de punta a cabo los dos suplementos que sobre el gran cantautor y actor Víctor Jara ha publicado con éxito clamoroso nuestro diario. Con reportajes especiales, hemos adornado la columna vertebral del suplemento, que la componen párrafos marcados del libro de la gringa Joan Turner, esposa del gran folclorista, que fue un "best seller" cuando fue publicado. Muchas de las cosas que contó Joan erizaron la epidermis del reportero porteño. Nos mandó una larga carta con sus consideraciones. "Fortín" está abierto a todas las opiniones de sus lectores. Por eso, agregé esta colaboración a estas páginas finales de la historia de Víctor Jara. Seguramente, le responderá Joan y quizás cuántos lectores a los que el tema apasiona. Nuestro pluralismo facilitará las cosas.

La carta dice lo siguiente:

En el suplemento aparecido el día domingo 8 del presente, la señora Joan Turner entrega algunos antecedentes sobre la vida del compositor y director teatral Víctor Jara, que desearía analizar públicamente y, a través de su diario, ya que en él fueron vertidos los comentarios que considero justo esclarecer. Por tanto, pido a usted disculpas y espacio para exponer el tema que, desgraciadamente, no puede ser muy breve.

Señora Joan Turner: creo no ser el único que ayer se interesó por lo que el periodista Marco Antonio Moreno —con tanto profesionalismo y admiración— nos entregó un resumen de la vida y obra de Víctor Jara. Quienes le conocimos y supimos de su obra musical y teatral de cerca, recordamos una vez más su inagotable talento, su pasión por la vida y el arte. Sin embargo, tras las palabras del señor Moreno, aparecen las suyas, cargadas de odio, de juicios equívocos y equivocados, de una falsa interpretación de nuestra historia nacional y de una interpretación egoísta y hasta burlesca sobre nuestra gente, hábitos, gustos y cultura.

Señora Turner, usted no sólo pretende ridiculizar a nuestros artistas, al mostrarlos como una infeliz copia de cuanto se hace en Estados Unidos, sino que pone como contrapartida a otro grupo de artistas tratando de alzar un muro de la discordia o de la vergüenza entre uno y otro. Permítame que cite su ingrato como injusto texto: "Se había iniciado en Chile la era de los diskjockey o "pinchadiscos". (Nota mía: nunca se les llamó en Chile "pinchadiscos", sino "montadiscos"). Con el compromiso de "llegar", los cantantes chilenos tenían que norteamericanizar su nombre, de modos que Patricio Henríquez se convirtió en "Pat Henry", los hermanos Carrasco en "The Carr Twins". "La gran mayoría de las radios, desde las poderosas cadenas nacionales hasta las emisoras

locales, eran de propiedad de consorcios comerciales o de grandes terratenientes. Sólo un puñado de ellas estaban abiertas a la influencia del movimiento obrero o de los políticos de izquierda, lo cual significaba que todo lo que el sistema no aprobara, prácticamente no tenía acceso a los medios de comunicación". Sobre el primer trozo no agregaré palabra. Allí usted, señora Turner, si gusta burlarse de los jóvenes que se cambian nombre y apellido para hacerlo más cercano a los gustos de sus admiradores. Imagino que usted debe sentir el mismo desprecio por Robert Zimmerman, por hacerse llamar Bob Dylan y no ha oído nunca "Soplando en el viento". Pero es el segundo párrafo el que no se puede dejar pasar. Señora Turner, en los años que vivió el señor Jara, tuvo la suerte y el honor de dirigir una radio en Valparaíso, radio Presidente Prieto. Esa radio bien se podría ubicar entre las que usted cita: "De consorcios comerciales o de grandes terratenientes", ya que como no era ni de obreros ni de partidos de izquierda, debe ser el término que a usted más le acomoda. Y bien, en esa radio, he entrevistado al señor Jara y hemos hablado sobre su creación teatral y sobre su canto, incluyendo "La Beata". Nunca en esa radio ni en ninguna de la zona, hasta donde yo recuerdo, se le cerró el micrófono o la puerta a Víctor Jara. Siendo yo crítico teatral de "Radio Minería", de Viña del Mar y del diario "La Unión" de Valparaíso, tuve la oportunidad de analizar su trabajo en dos obras: "Los invasores" y "Entretengamos a Mister Stone". No recuerdo que tanto el directo del diario, como el de la radio, los señores Jorge Molina y Luis Muñoz Ahumada me hayan siquiera sugerido el cambio de algún objetivo a mis críticas en las que reconocía el talento de Víctor Jara. Es usted, señora Turner, la que parcela nuestra historia entre políticos de izquierda o terratenientes o consorcios comerciales. Usted es de las personas que no ven sino blanco y negro. Siendo radios como las que usted tan ligeramente cataloga, se dio cabida a la obra musical del señor Jara, se analizó con muchos elogios su labor teatral. Señora Turner, es usted una mujer de una gran cantidad de odio acumulado hacia el arte nacional de los años 60, para poner lo nuestro bajo la calidad del canto argentino, no sin antes rendirle un homenaje al presidente Juan Domingo Perón. Cito sus palabras: (el canto argentino) En Chile encontró un terreno abonado, en no poca medida porque encajaba en el programa político de los demócratacristianos. Era el folclore disfrazado, sin olor a pobreza ni revolución: folclore para las clases medias acomodadas. Quizás si este trozo merece comentario. Lo digo porque equivoca usted el blanco, señora Turner. En plena época de la Democracia Cristiana (Frei en concreto) surgieron todos los cantos que usted llama "revolucionarios" y que yo llamaría "folclore a secas" y que pongo en el mismo nivel de la obra de Francisco Flores del

Campo o Charo Cofré. Y es que el "folclore", señora Turner, no es sino la tradición de un pueblo, sus costumbres, su cultura popular. "El olor a pobreza", "la revolución" (cuidado con esa palabra, porque se presta ya para "bullas" y "silencios") pueden ser parte del folclore, pero no necesariamente tiene que ser así. Francisco Flores del Campo describe la pobreza rural de esta manera: "Con su pollerita al viento, que linda va, a vender quesitos frescos a la ciudad". Raúl de Ramón usaba la ironía y el humor: "Levántate hombre flojo, sale a pescar". Víctor Jara elevaba plegarias: "Libranos de aquel que nos domina en la miseria. Tráenos tu reino de justicia e igualdad". Los tres autores hablan en un mismo lenguaje: el lenguaje de la poesía. Señora Turner, las revoluciones cualquiera que sea el apellido que tengan o hayan tenido, pasan. La poesía es lo que queda. Ya ve usted, señora Turner, como del señor Jara no ha quedado su revolución, sino su poesía, sea la guitarra, sea la escena, entre luces, gestos palabras que le inspiraron Egon Wolf, Raúl Ruiz o Alejandro Sieveking. Por tanto, su concepto de folclore es mezquino e injusto cuando dice: "En Chile (los argentinos) fueron imitados por muchos grupos, siendo el más famoso y de mayor éxito el de Los Cuatro Cuartos —pulidos jóvenes vestidos de etiqueta— y su equivalente femenino Las Cuatro Brujas —mujeres muy arregladas y de uñas rojas y pulseras de oro— que cantaban temas patrióticos y sentimentales con rebuscados arreglos y mucho "dubi-dubi-dú". En comparación con aquella grotesca parodia, las auténticas canciones del pueblo —el folclore— tenían muy pocas oportunidades de llegar "a un amplio público". Realmente uno ignora de lo que usted, señora Turner habla. No sé con qué autoridad habla usted sobre lo que es o no folclore nuestro. Señora Turner, para conocernos no basta haber comido una empanada, haber tomado un vaso de vino y haber bailado "un cueco". Hay en usted un inequívoco deseo de introducir una cuña en nuestro folclore y en los intérpretes de nuestro folclore. Si cree que lo va a conseguir, se equivoca. Permítame, señora Turner, que le cite lo que uno de los "pulidos jóvenes vestidos de etiqueta", el señor Luis (Chino) Urquidí, fundador de Los Cuatro Cuartos, a escasos días del plebiscito dijo: Tengo un motivo emocional, cual es el derecho a elegir a mis amigos. Entre estos estuvieron y están el "Turco" Littin, "Pato" Manns, el "Gato" Gamboa, el "Perro" Olivares, los Parra... Son amigos míos a pesar de que, técnicamente nunca creí en el gobierno de Allende. A pesar de las discrepancias, seguimos amigos y hoy no tienen rencor a pesar de todo lo que ha pasado". Sin comentarios. Pero sí para refrescar la memoria en torno a Las Cuatro Brujas y sus sinatranos "dubi-dubi-dú". Le citaré sólo algunos títulos de esas damas de uñas rojas y pulseras de oro. "Ven acá, regalo mío". "Parabienes al revés". Supongo que

sabe de quién son esas dos obras. Como no hablan de revolución, ni tienen olor a pobreza, me temo que su autoridad en la materia, deja a ambas canciones, fuera de nuestro folclore. Señora Turner, su rencor hacia los chilenos va más allá de lo imaginable. usted es incapaz de admitir el gesto de los muchachos que saludan a los allendistas que encuentran en la Alameda. Cito textual: "Entre la multitud vemos a muchos jóvenes demócratacristianos con sus estandartes. Se han acercado a ofrecer sus felicitaciones y apoyo a la Unidad Popular". Y luego agrega, casi sin creerlo: "No estamos borrachos, pero experimentamos una sensación de irrealidad, como si viviéramos un sueño". No, no era un sueño señora Turner. El sueño es suyo, que sólo desea levantar muros de odio con sus increíbles comentarios sobre algunos momentos de nuestra historia cercana. Usted, señora Turner, está entregando una visión sobre el señor Jara que no corresponde ni a la época en que vivió, dado que tergiversa y tuerce la historia, ni deja de manifiesto la visión de en este país suyo y nuestro, dotado de un talento que nadie le ha negado jamás, hayan o no creído en su ideario político. Cuando le conocí, ni él me preguntó sobre mi ideario político ni yo tuve motivos para hacerlo. Usted, señora Turner, deja caer sus palabras (en un diario tan querido por el pueblo) en un momento muy inoportuno. Usted está sola, luchando con el viento de la historia, señora Turner. Un Si y un NO no bastan para dividir a los chilenos. Parece que ésta es su intención. No la logrará, señora Turner. No conoce a los chilenos. Usted está años luces del arte del señor Víctor Jara, de su sacrificio. Usted debe cambiar, señora Turner.

Orlando Walter Muñoz

VICTOR JARA (3ª PARTE)
DIRECTOR:
Alberto Gamboa
DISEÑO Y DIAGRAMACION:
Israel Alvarez, Carlos Urrea
y Roxana Luzzi.
Agradecemos a Joan Turner la
documentación biográfica
entregada a Fortín.



Por todo el mundo se encuentra repartida la figura de Víctor Jara y en muchas partes los artistas locales han levantado esculturas para simbolizar la adhesión a su lucha. La imagen del grabado fue confeccionada en aluminio por el joven escultor de Bielorusia Vladimir Serebrún. Su título es "canción fusilada", bastante significativo por la trágica muerte que tuvo hace quince años

PIEGARIA A UN LABRADOR

Levántate
y mira la montaña
de donde viene
el viento, el sol y el agua
tú que manejas el curso de los ríos
tú que sembraste el vuelo de tu alma
Levántate y mírate las manos
para crecer, estréchala a tu hermano
juntos iremos
unidos en la sangre
hoy es el tiempo que puede ser mañana
Líbranos de aquel que nos domina
en la miseria
tráenos tu reino de justicia
e igualdad
sopla como el viento
la flor de la quebrada
limpia como el fuego
el cañón de mi fusil
Hágase por fin tu voluntad
aquí en la tierra
tráenos tu fuerza y tu valor
al combatir
sopla como el viento
la flor de la quebrada
limpia como el fuego
el cañón de mi fusil.
Levántate
y mírate las manos
para crecer estréchala a tu hermano
juntos iremos unidos en la sangre
ahora y en la hora de nuestra muerte
Amén...

**FORO
DOMINGO**

13 DE NOVIEMBRE 1988